

20 de abril de 2014, Omán

Las sensaciones agradables me alejan por un instante del tránsito: de los vuelos, de las escalas, de ese mundo frenético de autopistas y de la salida de esa interminable ciudad lineal que es Mascate. Desde el aire las montañas parecían de papel arrugado, desde el coche es un paisaje de montañas quemadas y descarnadas. Hacia el sur el camino se suaviza, se va abriendo hasta la gran llanura de ash-Sharqiyah. En el horizonte llegamos a ver la cresta de dunas de arena de un dragón dormido.

Entrar en el palmeral de Wadi Bani Khalid es entrar en otro mundo, un lugar varado en el tiempo, un manto verde encajado en un estrecho valle rocoso. La vegetación llega hasta donde ha podido llegar el riego. El límite es limitación, porque el agua es poca y brota de un hilillo debajo de una roca más arriba de las piscinas naturales. Al penetrar en la espesura los ojos tienen que adaptarse a la oscuridad de la bóveda frondosa. Una ligera brisa corre libre por el interior del palmeral. Caminamos por un andén elevado sobre huertos y canales de riego, un vergel de suelos tapizados de hierbas altas. Debajo de las palmeras crecen plataneras, papayos y granados.

Leyla y Sultán me guían por una calle estrecha, entre los muros bajos de las ruinas de un poblado de formas redondeadas por la lluvia, casi fantasmagóricas. La arquitectura del barro se disuelve en el mismo suelo del que brotó, sin dejar huella, sin memoria. Subimos una leve rampa que nos eleva sobre un basamento de bolos. Andamos entre las naves sin techo de lo que fue la antigua mezquita. Allí me hacen el descubrimiento que había soñado: el mihrab.

El mihrab en si es una hornacina en el muro de la qibla. Un vacío brillante, la mejor metáfora posible para representar la divinidad. Alrededor se extiende un paño de franjas labradas en yeso que lo enmarcan, un jardín enrejado y vibrante, sostenido por una impecable traza geométrica. La yesería está cubierta del barro lavado de los muros, pero conserva el aspecto digno y majestuoso que le dio el artesano Tálib bin Mushmel Al Manahi en el siglo dieciséis. Leyla con sus explicaciones me lleva al tiempo de la vida en el interior del palmeral, de la pobreza, de las rutas del incienso, de los esclavos negros traídos desde Zanzíbar y de las interminables guerras civiles del imanato.

Ahora nos dirigimos hacia el desierto de arena, en silencio, cansados y reflexivos por lo visto, por lo vivido. Después de cenar me adentro sola en el mar de dunas. La arena es un paisaje cambiante pero inalterado por el hombre. Ante mí un espectáculo de lo mínimo y lo complejo a la vez. Un cielo repleto de estrellas sobre un mar de arena. Me siento sobrecogida, por el todo y en la nada. Por un instante me imagino como el principito, abandonada en un planeta minúsculo, entre el cielo y la arena.

Mª de la Barca Fernández-Reinoso Santamaría